

CRISIS, REMODELACION DEMOCRATICA Y NEGOCIACION:

Por Rafael Vergara

I

Un fantasma recorre el mundo.....

Al reflexionar sobre la crisis de América Latina hemos recurrido excesivamente a lo económico para explicarla. Y no es para menos, si pensamos en los enormes desequilibrios y dificultades existentes.

Se habla de la "década perdida", de recesión e hiperinflación, déficit fiscal y de balanza de pagos, deuda externa y proteccionismo, de estancamiento del crecimiento y aumento de la pobreza, en fin, los análisis de los hechos dejan al descubierto múltiples síntomas y enfermedades crónicas -que por reduccionistas- no necesariamente explican otros problemas de fondo: el modelo de dominación, su proceso de reestructuración, el conflicto político-social, los actores internacionales, la guerra y la paz o la politización de la guerra.

De entrada y con el ánimo de encontrar caminos realistas para la reflexión que nos ocupa, vale la pena formularnos interrogantes que nos conduzcan a respuestas directas y reveladoras. Hoy más que nunca necesitamos abandonar retóricas hiperbólicas y mentiras piadosas, decirnos verdades por duras que parezcan y llamar las cosas por su nombre.

En esta década, se hicieron acaso más pobres los ricos de América Latina?. Fueron derrotados sustancialmente los modelos autoritarios que han dominado la escena política del continente?. Disminuyó el crecimiento del hambre y la marginalidad?. Se limitaron las ganancias de las empresas trasnacionales y surgió alguna legislación que forzara la reinversión de parte de sus ganancias?

Se paralizó o se redujo en los países de la región el intervencionismo y la extracción de recursos por parte de Estados Unidos?. Se amplió a nuevos actores sociales el espacio de acción y decisión sobre el futuro? Se modificaron en favor de las mayorías los llamados modelos de "seguridad nacional"?

Son nuestros países más democráticos ahora que antes?

Es incorrecto hablar hoy de imperialismo?

Seamos justos, en esta década, en lo económico, unos perdieron y otros ganaron, -y siguen ganando-, pero el proceso de acumulación fué y es tan brutal que se han generado desajustes en muchos de los mecanismos de dominación. Es más, en algunos de nuestros

países los proyectos políticos alternativos -civiles o político-militares- crecieron tanto, que pusieron en peligro el STATUS QUO.

Electoralmente en México y Brasil, los resultados han significado verdaderos campanazos de alerta y espacios conquistados; en otros países, pese a lo aparentemente contradictorio con el momento y las tendencias, la lucha armada se potenció y ha alcanzado niveles tales que los viejos y armados sistemas se han visto forzados a la negociación de espacios democráticos no contemplados en sus esquemas de redemocratización contrainsurgente; en los casos de Panamá y Nicaragua, los procesos de reversión, no sin grandes dificultades, están en curso.

La crisis es multidimensional e interesa a actores y contradictores variados y diversos, a teorías y modelos, alianzas y comportamientos sociales y políticos.

Si partimos de definir el término "crisis" como "cambio" o necesidad de él, debemos ampliar tanto la valoración de los hechos como el método tradicional de análisis. Hoy, más que nunca, los desafíos en la acción y la interpretación exigen desideologizarnos y enterrar las viejas "verdades" y dogmas. Vivimos un momento histórico que exige grandes replanteamientos y búsquedas, elevadas dosis de sinceridad y apertura frente a las sucesos, respuestas y soluciones que ofrece la sociedad misma.

La crisis es general porque asistimos a redefiniciones trascendentales que marcan en todos los campos las posibilidades del y en el futuro. Asistimos a reacomodos inevitables tanto en lo internacional como en lo interno, en lo individual y lo social, lo político y lo cultural. El modelo económico impuesto necesita arrollar, barrer con todo lo que pueda limitarlo.

Lo que hoy está en juego es nuestra sobrevivencia como naciones o la reconceptualización de los alcances de nuestro sentido de pertenencia a un territorio, a los valores de identidad, a una historia.

¿Es o no posible la autodeterminación nacional en un mundo en proceso acelerado de globalización económica, política, filosófica, cultural?

¿A que proyecto de democracia tenemos derecho?

¿Cuales son las perspectivas del Sur frente a un Norte unificado y poderoso, vencedor del Este?



Es como si de un momento a otro un temblor hubiera sacudido arquetipos y edificios conceptuales fracturando y derrumbando certezas.

Enmarcados en ese caos, con la invasión de Panamá y la derrota electoral del Sandinismo en la cabeza, asistimos al nacimiento o consolidación del nuevo "Dios-Mercado" que se ofrece a la derecha latinoamericana y aún a asimilados sectores de la izquierda, a cada uno de nosotros, como alternativa única y última frente a una nada representada en el derrumbe de la economía centralizada y planificada.

En verdad, ante nuestra aparente orfandad -la "muerte" del socialismo real y los "nacionalismos"-, hoy estamos sometidos a un mensaje categórico: "el único proyecto de civilización viable es el que surge del neoliberalismo".

La democracia, vencedora en la confrontación de modelos y entendida en ese marco conceptual, es el único sistema político posible, viable y ,además, tolerable.

Salirse de esos presupuestos implica correr el riesgo de enfrentar el probado e inimaginable arsenal de las reversiones o desestabilizaciones de distinto calibre y profundidad explosiva.

Todo puede pasar al que disienta, aunque en el "nuevo mensaje" se nos llame pomposamente "socios" y no subordinados, subdesarrollados, o "históricos" ineficientes.

Porque digámoslo directo: la "democracia de exportación" es absolutista y filosóficamente asimiló del modelo derrotado el antes combatido totalitarismo. Así se deja ver y sentir.

El trato de "iguales" solo es posible si la subordinación llega a los más altos niveles de la abyección, es decir, cuando se ha entregado hasta la última gota de la soberanía y, guardando ciertas formalidades, nuestros países se hayan convertido en una extensión de sus dominios y en vez de gobernantes posean administradores y en vez de ciudadanos ofrezcan consumidores.

Hay que tener presente que en estos tiempos sísmicos "soberanía" es sinónimo de arcaísmo, atraso o premodernidad.

Como en las sociedades comerciales y financieras, la igualdad se rige por el número y la calidad de las acciones. Claro, mientras ellos representan el monopolio nuestros países son una especie de pequeña o lo sumo mediana empresa, poseedoras de acciones de la clase B o C y con derecho a voz pero no a voto. El veto, es obvio, será o es privilegio del socio mayoritario y se registrará o se legitima por las reglas establecidas en el Consejo de

Seguridad de las Naciones Unidas; a fin de cuentas desde su fundación, por ser un acuerdo suscrito entre los vencedores, es un principio impuesto, indiscutido e históricamente aceptado.

Quizá por ello y en buena hora, los mandatarios latinoamericanos han visto y manifestado la urgencia de la integración regional y el rescate, para unos retóricos para otros no, de aspectos del sueño de Simón Bolívar.

Extrañamente en estos tiempos donde "se debe" asegurar la posibilidad de un futuro tecnológico se vuelve la vista a un pasado conscientemente olvidado y debidamente encarcelado en el museo..., o se fortalece la unidad o se pierden los espacios de autonomía que, como naciones, nos corresponden en el concierto internacional. Para nuestra fortuna y la de ellos, no todos los presidentes están dispuestos a ser simples administradores, el riesgo interno es demasiado grande y el pragmatismo no ha logrado liquidar todas las trascendencias.

En la visión de los hegemónicos o imperialistas -disculpas por el "arcaísmo"- el derecho a los beneficios de la sociedad posindustrial implica el abandono de los inviables "proyectos nacionales", arrogantes y nostálgicos por demás, y la aceptación expresa y sin vergüenza ni temores de su rectoría, guía o dirección.

Ellos son nuevamente los vencedores. Todo lo demuestra. El muro de Berlín cayó, la URSS aceptó que su salvación es el mercado, el pacto de Varsovia se desmoronó y Europa del Este come en su mano y de paso y en gratitud derrumba las estatuas de Marx y Lenin. Estado redistribuidor y colectivismo se erigieron en símbolos del fracaso. La socialdemocracia por fin entendió y abandonó sus devaneos izquierdizantes, el intento de competencia y docilmente volvió al redil.

América Latina es un océano de democracia con una pequeña isla que mancha pero que pronto será borrada. Si para un caso la medicina se llamó "Causa Justa" para este se denomina "Fruta Madura". Es solo cuestión de tiempo.

El mundo occidental cristiano y blanco, con su dosis de amarillo, enfrenta ya pocos enemigos sin apoyos: árabes "fundamentalistas", narcotraficantes y algunos reductos de guerrilleros izquierdistas sin brújula ni futuro. Los chinos, vietnamitas y coreanos del norte, una cuarta parte de la humanidad, pese a formar parte del mundo comunista, no están siendo satanizados. ¿Cuestión de táctica?

Naciones Unidas, constante contradictor de sus acciones y políticas agresivas en el pasado reciente, baila hoy al ritmo de

su canción: entre otras, y en retribución a la olvidada condena por la invasión a Panamá, puede ser elegida por la potencia indisputada como supervisor electoral del Tercer Mundo. Así es el reino de la unipolaridad.

Sólo un modelo de civilización existe y tiene cabida: el capitalismo neoliberal y a su vez liberador.

El ejemplo de sociedad modelo es EEUU y su sistema de gobierno de elección presidencial indirecta, abstención y discriminación racial es inigualable. Son la "democracia perfecta" y padres de la triunfante "revolución democrática".

Además, ellos poseen el derecho de imposición porque, gústenos o no, son el principal acreedor de la deuda eterna.

Y, como si fuera poco, nosotros, indisciplinados, improductivos, románticos e históricos somos peligrosos imprevisibles e irremediabilmente morosos. Por su seguridad y aunque tengamos que endeudarnos más, necesitamos su ayuda: ellos lo decidieron!

Un fantasma recorre el mundo, se llama "democracia".

II

Todo tiene un límite:

En Nuestra América, ya lo decíamos, la crisis no ha tenido una sola dirección. De hecho cuando la "revolución reaganiana" hizo su aparición y la clase dominante y el gobierno de EEUU propusieron y recobraron su vigor, planteándose, entre varios objetivos, la recuperación de los espacios perdidos o en peligro, su situación como potencia era caótica y en algunos casos se nos presentaba como agónica.

No se trataba solamente de su crisis interna de credibilidad -el síndrome de Vietnam-, el mundo se estaba saliendo del control de sus manos y su posición de gendarme-rector era cada vez más irrespetada y disputable. Todavía el recuerdo permite escuchar los enérgicos llamados a la incondicionalidad de las alianzas y a la obligatoriedad de cerrar filas frente al replanteamiento de su política exterior y la necesidad de vencer un comunismo avanzante y la proliferación de revoluciones en Asia, Africa y América Latina. El mensaje arrogante se le dirigía a los gobiernos capitalistas del Tercer Mundo pero también a los países de Europa Occidental y al Japón. Socialdemocracia y No Alineados eran destinatarios del mensaje y objetivos de reversión.

Había desorden bajo los cielos y los modelos militares en el poder y la contrainsurgencia como doctrina y ejercicio de contención, mostraban ya dificultad para enfrentar las tormentas presentes o por venir.

De hecho, no hay que olvidar que el ascenso del militarismo abierto y descarnado y el arrasamiento de los proyectos políticos alternativos al modelo imperial, es concomitante con la implementación del neoliberalismo que hoy resentimos porque ahora con diseñados vientos favorables navega a toa vela y llega amenazante a nuestras orillas mas intimas.

No se enfrentaba militarmente sólo al comunismo. El objetivo de los golpes castrenses fué múltiple y tocó desde el llamado Estado de Derecho Liberal y el modelo económico cepalino, hasta las expresiones nacionalistas de contenido burgués y obviamente los proyectos, organizaciones y las distintas expresiones de acumulación de conciencia histórica socialista o democrático-popular. En esencia, uno de los grandes objetivos de la "Seguridad Nacional" fué, paradójicamente, cercenar la posibilidad y las concreciones de autonomía.

Y, la autonomía es, sin lugar a dudas, la savia que nutre de contenidos a la soberanía y a la democracia. Que quede claro: autonomía no quiere decir autarquía si no derecho a la diferencia, a la pluralidad y el fortalecimiento de una personalidad nacional.

Vivimos en esos años algo así como la poda de un enorme bosque de árboles en floración o dando sus primeros frutos. Arrancaron de raíz los retoños, desenterraron semillas y contaminaron el aire y las aguas. Los pajaros que se salvaron fueron obligados a emigrar o a callar. Se intentó vigilar, controlar y prohibir los recuerdos y los sueños. Todo se volvió sospechoso y especialmente los agrupamientos. Quisieron sembrar individualidad, conformismo y miedo a las tormentas. Cantos de diferente tono, cantidad e intensidad se escucharon por años allí y alrededor del mundo y en ese enorme desierto, golpe a golpe, valientemente renació la vida.

Los deparadores no fueron solo los militares, hubo cómplices necesarios: la reacción interna e internacional y el gobierno de EEUU y sus agencias participaron, defendieron y encubrieron el retorno a los tiempos de la barbarie, aunque hoy por pragmatismo los premie el olvido o esta extraña enfermedad de la memoria que casi todos padecemos.

Hasta hicieron laboratorios donde probaron el nuevo instrumental tecnológico para obtener "confesiones" y aunque hubo innovaciones primó lo arcaico: la tortura y las desapariciones. En estos tiempos de "democracia", aunque disguste decirlo, todavía arrastramos ese pesado legado de "eficiencia" probatoria o combativa.

En el catalogo de sistemas de dominación apareció un nuevo nombre con grandes letras doradas o rojas: SEGURIDAD NACIONAL, antídoto contra el comunismo. A partir de ese momento el continente se llenó de "enemigos internos", intolerancia, sectarismo, dogmatismo y odios irreconciliables. Sembraron división: estimularon a su favor las incomprensiones internas y las distancias entre aliados potenciales y necesarios. Nos atomizaron. La confrontación se polarizó y se fué a los extremos. De un lado unificación de propósitos, fuerza y bestialidad concentrada, del otro, un universo de posturas, proyectos e inflexibilidad generalizada. Borrado el centro, apareció el lema que se transformó en consigna: el que no es amigo es enemigo; no se aceptan indiferentes y la adhesión tiene que ser incondicional. A esa idea absolutista se le dió valor de principio, y paradógicamente se erigió como piedra filosofal en la defensa del mundo libre y la democracia. Una generación de

latinoamericanos perdió la vida en guerra desigual. Luto y llanto, rabia e impotencia, exilios y a pesar de todo canciones e ilusiones.

Dolorosamente y hay que aceptarlo, algo de este pensamiento fué transferido al contrincante.

El modelo de ruptura institucional o golpe se convirtió en artículo de exportación a todo el continente y cada clase dominante de acuerdo al tamaño de la convulsión, rápidamente lo adaptó a las condiciones internas de sus respectivos países. Solo algunos estados nacionales resistieron la tentación e imposición y priorizaron sus propios métodos, sistemas y filosofía política: México, Panamá, Cuba y Costa Rica. Cada uno de ellos afrontando sus problemas y situaciones específicas.

En casos de antiguas democracias electorales como la de Colombia, país inmune a los colapsos institucionales de origen castrense; se procedió sigilosamente a reforzar el estado de sitio permanente adaptando a su ya hipertrofiado modelo demoliberal y sin necesidad de golpe ni grandes sobresaltos sociales, la nueva invención remodeladora.

En la cómoda privacidad de los antiguos salones del Palacio Presidencial de San Carlos, consensualmente, dirigentes conservadores, liberales y militares amparados en el estado de excepción expidieron el decreto legislativo 1573 de 1974 -vigente en la actualidad- y en un insuperable acto de alquimia jurídica e "imaginación" política crearon un nuevo "Poder Nacional" que definió como objetivo fundamental del Estado: La seguridad y como nueva ideología: la contrainsurgencia.

Al igual que en las dictaduras , el recurso de la ampliación de la Democracia y el bienestar fué intencionalmente olvidado, cercenado y burlado. Entre justicia distributiva -reformismo burgués- y concentración económica -desarrollismo autoritario- se optó por la segunda variable y en vez de ensancharse la producción de alimentos y los servicios educativos y de salud, creció la economía y las ganancias; la importación de bienes de capital fué sustituida por la de aviones, tanques y una moderna artillería liviana destinada a combatir al creciente "enemigo interno", entre otras, cada vez más hambreado e insatisfecho, gracias a la "brillante" e inconsulta modificación del rumbo económico.